Núm. 22.

SAYNETE NUEVO

INTITULADO:

EL TIO NAYDE,

Ó EL ESCARMIENTO

DEL INDIANO.

PARA ONCE PERSONAS.

Don Diego. *Don Fulgencio.* *El Tio Nayde.* *Un Zapatero.* *Un Chapucero.* *Dos Petimetres.* *Juana.* *Teresa.* *Una Verdulera.* *Una Trapera.* *Una Criada.*

Calle: salen por un lado Don Diego, y por otro Don Fulgencio, petimetre indiano, ridículo.

Ful. VOy á buscar: ¡mas qué miro!
dí de hocicos con Don Diego:
párece que no me ha visto;
yo me escapo.
Dieg. ¿Don Fulgencio?
Fulg. He, ya me vió. ¡Amigo mio!
Dieg. Ya ha tiempo que no nos vemos.
Fulg. De unos dias á esta parte
ando ocupado. *Dieg.* Lo creo:
pero vuestra ocupacion::-
Con malicia.
Fulg. No me vengais con consejos.
Dieg. ¿Os disgustais? *Fulg.* Sí Señor.
Dieg. No teneis entendimiento.
Fulg. Estamos con él reñidos
indianos y caballeros.
Dieg. Poco á poco, que esa regla
no es general: por exemplo:
vuestro padre, y otros muchos,
¿no son sabios y discretos?
Fulg. Que lo sean, ¿qué me importa?
yo tambien espero serlo::-
Dieg. Con la Juanita. *Fulg.* ¿Juanita?
hablad de ella con mas tiento,
que se llama mi señora
Doña Juana: sí, y sobre eso
perderemos la amistad.
Dieg. Vos habeis ganado el pleyto;
teneis razon: pero, amigo
Fulgencio, no puedo menos
de reñiros el descuido
y negligencia, que en vuestros
asuntos teneis acerca
de conseguir el empleo
que venisteis desde Lima
á pretender: diez mil pesos
llevais malgastados. *Fulg.* ¿Yo?
yo no malgasto el dinero.
Dieg. ¿No? ¿pues qué le haceis? Yo sé
que hoy pedisteis á Don Pedro
el mercader los restantes
diez mil, que para volveros,
vuestro padre os ha librado.
Fulg. Vuelvo á deciros de nuevo,

que yo no malgasto nada.
Dieg. ¿Pues qué habeis hecho con ellos?
Fulg. Los tengo depositados.
Dieg. ¿En dónde? *Fulg.* En Juanita.
Dieg. Bueno:
y con los diez mil que faltan
pretendeis hacer lo mesmo.
Fulg. Vos lo entendeis: cinco mil
la pongo en el fondo muerto
mañana. *Dieg.* Y no me direis,
¿por qué haceis tales excesos?
Fulg. Porque me quiere.
Dieg. ¿A vos? *Fulg.* Sí.
Dieg. A vuestro dinero, necio.
Fulg. ¿A mi dinero? ya baxa.
No profeririais eso,
si vos la oyerais decir,
como yo, llena de afecto:::
Fulgencio mio, mi bien,
si por tus ojos me muero;
no es por interes, como otras,
sino porque eres un cielo.
Dieg. ¿Y vos la creeis?
Fulg. Se supone.
Dieg. Os engaña, es fingimiento,
es leccion que muchas saben
para asolar majaderos.
Fulg. Por mas que digais, amigo,
yo la quiero, y la requiero;
y andando el tiempo, los dos
puede ser que nos casemos.
Dieg. No quiere ella eso.
Fulg. ¿Pues qué
quiere? *Dieg.* Dexaros en cueros,
y despacharos despues
á enamorar al infierno.
Fulg. Si la vierais::-
Dieg. Ya la he visto.
Fulg. No diriais::: pero creo
que ella viene.
Dieg. A Diós, amigo.
Fulg. Esperad, que ahora pretendo
que la mireis, y despues
depongais tan mal concepto.
Retíranse á un lado. Sale Juana de petimetra, con basquiña y mantilla, sirviéndola de braceros dos Petimetres, y detrás Teresa de criada.
Juan. ¡Qué gusto! ah, ah. No hay nadie
que no se ria de vernos.
Petim. 1. La Petimetra que en la
calle no causa el efecto
de hacer que se rian de ella,
casi es indigna de serlo.
Juan. En hacerse reparable
está en la muger lo bello.
Criad. Y tambien el que la tengan *ap.*
por de poco mas ó menos.
Fulg. ¿Qué tal os parece? *Dieg.* Bien.
¿Y esos dos son sus cortejos?
Haciendo burla.
Fulg. No por cierto.
Dieg. ¿Pues qué son?
Fulg. Son, si es que mal no me acuerdo,
sus canicularios. *Dieg.* ¿Cómo?
Fulg. Como cuidan de sus perros.
Dieg. ¿Con que tiene muchos?
Fulg. Muchos.
Dieg. Ella os dará alguno de ellos.
Juan. Vamos á casa, que juzgo
que ya basta de paseo.
Petim. 2. Ya se ve, ireis á esperar
al Indiano. *Fulg.* Escuchad esto;
vereis como habla de mí.
Juan. Mucho. *Fulg.* ¿Lo veis?
Juan. No sosiego
hasta apagar el cariño::-
Fulg. Aprieta mas.
Juan. Que le tengo::-
Fulg. Bendita sea tu boca.
¿No os morís?
Juan. A su dinero. *Fulg.* ¡Zambomba!
Criad. ¡Quántos cariños *ap.*
habrá como este en el pueblo!
Dieg. Y bien: ¿qué decis, amigo?
Fulg. Que me vió, y por pasatiempo
quiere chancearse.
Dieg. Ahora acabo
de conocer que un cortejo
seducido, es el mayor
animal del universo.
Fulg. Ya lo vereis.
Juan. Vamos, vamos.
Fulg. ¿Adónde, pues? *Se presentan.*
Juan. Caballeros,
vuelvo á decirles á ustedes,
que basta de cumplimiento.
Con enfando, dexando el brazo de los dos.

Los 2. Señora::-
Juan. Ya les he dicho,
que este es solo de Fulgencio.
Le agarra del brazo.
Fulg. ¡Qué fortuna! si es un angel
de retablo. *Juan.* Ven, mi dueño.
Fulg. ¡Y habrá canalla que dude
de su amor, viendo este extremo! *ap.*
Dieg. segun está enamorado, *ap.*
mucha compasion le tengo.
Petim. 1. ¿Qué dices de esto, Teresa?
Criad. Que no es extraño, ni nuevo:
hay tanto de esto en Madrid::-
Juan. ¿Con que quedamos en eso?
Fulg. Así que dexe á mi amigo,
iré tras de ti corriendo;
y en dexándote en tu casa,
iré á buscar á Don Pedro
el mercader, á fin de
que me dé los diez mil pesos,
para ponerte mañana
la mitad al fondo muerto.
Juan. Con menos tengo bastante,
hijito mio. *Fulg.* ¿Con menos?
han de ser los cinco mil.
Juan. Los otros cinco yo siento. *ap.*
Fulg. ¡Qué desinteresada es! *ap.*
Juan. A Dios; y no tardes.
Fulg. Luego
voy tras ti. *Juan.* Si no te enfadas,
me irán estos dos sirviendo.
Fulg. Que vayan enhorabuena.
Retírase al bastidor con Don Diego.
Criad. ¡Qué convencible es de genio!
todo lo es el tal salvage,
demas de tonto, camello.
Fulg. Ahora, Don Diego, vereis
si en lo que os digo yo miento.
Petim. 2. ¿Qué tal, Juanita?
Juan. Ya todo
está corriente y dispuesto.
Petim. 1. Viva tu astucia.
Juan. Esta noche,
para celebrarlo, quiero
con los vecinos armar,
así que marche, un bureo,
en que he de hacer que respinguen
todos los quatro elementos.
Los 2. ¡Bravo! *Juan.* Supernumerarios
mios, vamos.
Los 2. Sin rodeos. *vanse.*
Criad. Esto se llama mascar
á cien carrillos á un tiempo. *vase.*
Fulg. ¿Eso me decís?
Dieg. Sí, amigo;
y os lo repito de nuevo:
sois un loco::- *Fulg.* No soy solo
en el mundo. *Dieg.* Un majadero::-
Fulg. Otros muchos me acompañan.
Dieg. Un perdulario::-
Fulg. ¡Qué es eso
de perdulario! despacio,
Don Diego, con los dicterios.
¡Perdulario!
Dieg. No os diria
tal cosa jamas, si vuestro
padre no os recomendara
á mí. *Fulg.* Abur: ya nos veremos.
Si veis á mi mercader,
decid que apronte el dinero,
que dentro de un quarto de hora,
á lo mas, iré por ello.
Dieg. Está bien: se lo diré;
mas será con otro intento, *ap.*
á ver si hace un desengaño,
lo que no puede el consejo. *vase.*
Fulg. ¡Venirme á mí con sermones!
estos demonios de viejos
me degüellan: si pudiera,
pues para nada son buenos,
acabara con su casta
desterrándolos del Reyno.
Pero voy siguiendo á Juana,
que es lo que importa. Fulgencio,
de esta vez con ella logras
tu fortuna y tu provecho. *vase.*
Patio de vecindad con varias puertas; á un lado sentada la Verdulera, de maja pobre, remendando una camisa rota; el Tio Nayde leyendo un papel; al otro lado un Zapatero de viejo trabajando con todos sus chismes; y una Trapera haciendo cordones.
Trap. »Ninguna maja tome
»cortejo Usía,
»porque yeden á emplasto,
»como Botica.
Zap. Ya empieza con el canticic

á destroncarnos los sesos.
Verd. Maldita sea tu boca.
Trap. La tuya: vuelvo de nuevo.
»Vivan los majos,
»y mueran los que rabian
»porque yo canto.
Zap. Reniego de mí, y quien me hizo
ser Zapatero de viejo.
Tirando el zapato que remienda, y haciendo extremos de haberse pinchado.
Trap. ¿Qué te sucede?
Zap. No es nada;
que me he pasado este dedo
por estas malditas tapas
y punteras que ahora echo.
Trap. ¿De quién son esos zapatos?
Zap. De una marquesa: reniego
de su señoría. *Trap.* ¡Arroz!
¡señoría con remiendos!
yo soy solo una Trapera,
y cada semana estreno
mi zapato de la union
con lazos á lo marrueco.
Ya veo que en este mundo
hay distincion de sugetos.
Verd. ¿Tio Nayde, tio Nayde?
¡qué diablos estais leyendo!
no me responde. ¿Tio Nayde?
sí: ¿tio Nayde?
Nayd. ¿Qué es eso?
Verd. ¿Sabeis qué hora es?
Nayd. Pecadora
miserable, tú me has muerto.
Verd. ¡Yo!
Nayd. Sí, tú, pues me has quitado
el gustazo de estar viendo
la promocion de menistros,
que han hecho en el Parlamento
de Londres.
Zap. ¿Qué la teneis?
Nayd. Sí. *Zap.* A verla.
Nayd. Pues ven, Ruperto.
Sale un Chapucero, y hace que cuelga la capa de una puerta.
Chap. Toda la gente está aquí.
Caballeros, buen provecho:
¿tienes ya mi camisola
pronta? *Verd.* Mira que abugeros.
Chap. En siendo la ganingola
güena, lo demas laus deo.
Nayd. ¿Ves ese nombre tan largo,
y al mismo tiempo tan grueso?
Zap. Sí. *Nayd.* Pues es del Almirante
Barrilon. *Zap.* ¡Qué majadero!
Barrington quereis decir.
Nayd. A mí me suena lo mesmo
Barrington, que Barrilon.
Chap. Ya estan los dos noveleros
porfiando necedades.
Nayd. Calla, patas de cigüeño.
Zap. ¿Quál de estos será el Lord Fox?
Nayd. Hombre, si nos atenemos
al sonido de su nombre,
será el que entre todos ellos
tenga las letras mayores.
Zap. Pues, tio Nayde, segun eso,
vos no sabeis leer palabra.
Nayd. Es verdad que yo no entiendo
ninguna letra; mas lo
que es leer, te juro que leo
(y esto no es por alabancia)
tan bien como algunos maestros.
Sale la Criada.
Criad. Muy buenas tardes ó noches,
que pronto será lo mesmo.
Chap. A Dios, chiquilla
Nayd. ¿Qué traes,
Teresa, de nuevo? *Criad.* Vengo
de parte de mi señora
Doña Juana::- *Trap.* Ya lo huelo.
Nayd. De la Juanita: prosigue.
Criad. Que con el motivo::: pero
esto no es del caso. Que esta
noche quiere armar bureo;
y estimará que ustedes vayan
con guitarras y panderos.
Nayd. ¿Hay cena? *Criad.* No faltará.
Nayd. Escucha, chica, en secreto:
¿quién la paga? *Criad.* Mi señora.
Nayd. De ese modo lo comprehendo:
¿pero quién la suministra?
¿el Indiano? *Criad.* De hilo negro.
Nayd. ¡Qué fina eres!
Criad. Sobre que
me pinto sola. *Nayd.* Lo creo,
que el demonio del refran
tanto ha cundido en el pueblo,
que hay pocas que no le traigan

en la cara manifiesto,
porque ahora se pintan ellas
sin necesitar maestro.
Chap. Escucha aquí otro recado.
Criad. Diga usted, que ya le entiendo.
Chap. La verdad: no me dirás
¿qué secreto ha descubierto
tu ama para pasar desde
criada á petimetra en menos
de seis meses. *Criad.* Sí señor.
Chap. ¿Y cómo ha sido?
Criad. Comiendo.
Chap. ¿Quién te ha enseñado á callar?
Criad. El mismo que á nuestro gremio
enseña á hablar.
Chap. ¿Quién es ese?
Criad. ¿Quién ha de ser? Don dinero.
Chap. Mucho sabes.
Zap. Si hemos de ir,
vamos luego á disponernos.
Criad. Vamos, que despues sabreis
todo el resto por extenso. *Vase.*
Chap. ¿Y baylareis vos, tio Nayde?
Nayde. ¡Que si baylaré, camueso!
En jarras.
y me llevaré entre todos,
como siempre, el lucimiento.
Arrepuraditamente
no hay hombre de mas salero
en la corte que yo para
baylar la guaracha.
Todos. ¡Bueno!
Verd. Si fuera una pantomima::-
Nayd. ¡Cómo me gustan!
Verd. Lo creo.
Chap. Vamos, vamos, pues; y unidos
alegremente cantemos.
Todos. »Vivan los majos,
»y viva la merienda
»que á buscar vamos. *Vanse.*
Sala adornada con taburetes &c. mesa con luces. Sale Juana en trage de casa, y los dos Petimetres.
Petim. 1. Mientras que vuelve la chica,
y el Indiano, aquí podemos
hablar. *Petim.* 2. Me parece bien;
y así se pasará el tiempo.
Juan. A la verdad; sin lisonja,
ni adulacion: ¿no regento
el arte de petimetra *execútalo.*
grandemente? los meneos
de cabeza, la sonrisa,
el afectado seseo,
¿no son con todas las reglas
de matemática? ¿el cuerpo
no le balanceo bien?
¿no echo delante este medio,
y el otro medio hácia atrás,
formando un círculo bello?
¿no piso á lo volatin?
¿no hago siempre muchos gestos,
y me finjo melindrosa?
Aquellos achaques nuestros
del histérico, jaqueca,
el flato, y otros diversos,
de que las damas se valen
en los asuntos internos
y externos, ¿con la mejor
proporcion no los afecto?
¿no gusto por humorada
de fandangos y festejos?
¿no llevo mi cruz de moda,
mí relicario en el pecho,
fabricados en la calle
de Francos? no hay duda en esto.
En la ropa bien se ve
el arte, gusto y aseo
que tengo: en lo que es peynado,
no hay que hablar: mi Peluquero
es famoso, y canta la
tirana, que es un portento.
En fin, en las demas cosas
¿á casi todas no excedo?
y sobre todo, ¿no traigo
una caramba en el pelo,
que encima puede hacer el
exercicio un regimiento?
Petim. 1. ¿Quién lo duda?
Petim. 2. No parece
sino que te has criado en eso.
Juan. ¡Cómo! *seria.*
Petim. 1. ¿Quién te lo diria,
quando ibas á buscar berros
á la plaza?
Juan. Poco á poco; *seria.*
habla con mas miramiento;
y al que veas ensalzado,
aunque tú seas su deudo,

no le acuerdes su baxeza,
si quieres lograr su afecto.

Sale la Criada quitándose la mantilla.

¿Qué te han dicho los vecinos?

Criad. Señora, que vendrán luego.

Juan. Mientras esté aquí el Indiano,
haz que se estén allá dentro,
que yo buscaré motivo
para que me dexe presto.

Dentro campanilla.

Criad. Aquí está ya. *Vase.*

Juan. Pues marchaos,
porque esta noche pretendo
(una vez que fue á cobrar
tanta mosca) darle sesos
de burro.

Petim. 1. Bastantes tiene.

Vanse los Petimetres.

Juan. Idos, sin gastar rodeos.
Ya viene: siéntome, pues,
con semblante circunspecto
y ceñudo, que es la liga
en que caen los cortejos

Siéntase, se muestra displicente, da suspiros, abre el abanico, y fixa la vista en él. Sale Don Fulgencio presuroso, triste, siéntase, y se pone la mano en la mexilla

Juan. ¡Ay! no me mira. Volvámos.
¡Ay! tampoco. ¿Qué será esto? *ap.*

Da el segundo suspiro mas fuerte que el primero: Don Fulgencio hace un extremo de furor, y se vuelve á quedar como antes.

¿Si se habrá enfadado de
verme seria? voy á verlo.

Acércase con la silla.

¿Qué tienes, Fulgencio mio?
habla. ¿Tan poco te debo,
que no merezco respuesta?
ensancha conmigo el pecho.
¿Qué tienes, pues? *Fulg.* Nada, nada,
un dogal me oprime el cuello. *ap.*

Juan. No: pues de algun grave mal
nacen tus fuertes extremos.

Fulg. Déxame, Juanita. *Juan.* Vaya,
¿es posible::: mas ya entiendo
el misterio: esto será
para dexarme pretexto.
¡Ay desdichada Juanita,
que has perdido á tu Fulgencio!

Fulg. Primero faltará el sol,
que yo faltar á tu obsequio.

Juan. Pues habla claro conmigo.

Fulg. No me dexa el sentimiento.

Juan. ¿Tienes zelos?

Fulg. Aun es peor.

Juan. ¿Estás por ventura enfermo?

Fulg. Peor que peor.

Juan. ¿Has reñido,
y has dexado tal vez muerto
á tu contrario? *Fulg.* Repeor
que repeor. *Juan.* Si no es eso,
dime qué es: habla: ¿qué tienes?

Fulg. Que se me acabó el dinero;

Llorando.

y que ya (¡pobre Juanita!)
te ha faltado el fondo muerto.

Juan. ¡Qué es lo que oigo! ¿y cómo
ha sido?
¿pues, y aquellos diez mil pesos?

Fulg. Ha quebrado el mercader
que debe satisfacerlos.

Juan. Pero algo se cobrará.

Fulg. Segun dicen sus mancebos,
nada, nada. *Juan.* Malo va; *ap.*
pero paciencia, y callemos.

Fulg. Yo me he de desesperar;
yo me he de ahorcar sin remedio.

Juan. Sosiégate.

Fulg. ¡Ay, Juana mia!
por ti tan solo lo siento.

Juan. ¿Por mí? ¡Jesus qué locura!
¡qué disparate! por eso
no tienes por que afligirte.

Fulg. ¡Qué muger! no tiene precio. *ap.*
Sigue, morenita mia,
sigue dándome consuelos.

Juan. ¡Por mí! vaya: ¡qué sandez!
no te juzgaba tan necio.

Fulg. Si no hay muger en el mundo
como esta. *Juan.* Mira, Fulgencio,
hablemos claros: las cosas
de este mundo tienen esto:
á ti te se acabó el unto:
¿no es verdad? á mí el afecto.
Chica, chica.

Sale la Criada. ¿Qué mandais?

Juan. Alumbra á este caballero.

Coge la Criada la luz.

Fulg. ¡Yo no sé lo que me pasa!
¡estoy dormido, ó despierto!
Criad. Vamos. ¿Y por qué se va?
Juan. Porque ya esta sin dinero.
Cria. Pues una vez que está á obscuras,
que se vaya á obscuras.

Apaga la luz, y vase.

Fulg. ¡Fuego
de Dios, y qué casa! dime,
¿eran estos tus requiebros,
picaronaza? esto ha sido
tratarme como á un cortejo.

Salen los Petimetres.

Petim. 2 ¿Y de ellos que tiene usted
que decir? *Pet.* 1. Hable con tiento;
y tenga entendido que
los hay de mucho respeto;
y no dé lugar, el mono,
que por un balcon le echemos.
Fulg. Dios se lo pague á usted. Vaya
que esta casa es un infierno.
Y este modo de tratar,
mala hembra, segun veo,
mas que de señora, es
de Trapera.
Sale la Trapera. Cepos quedos
con las Traperas, que yo
lo soy, señor Don Gaudencio;
y para volver por ellas
tengo aquí diez mandamientos.
Fulg. Yo estoy aturdido. El diablo
sin duda anda aquí revuelto;
y lo que se hace conmigo,
no se hará con chapuceros.

Sale el Chapucero.

Chap. Y bien, compadrito, á ver,
vuelva usted á ultrajar mi gremio,
y veremos si esta naaja
le abre un ojal en el cuerpo.
Fulg. ¡Verbum caro! ¡Ah, muger falsa!
solo conmigo harias esto:
peor eres que una verdulera.

Sale la Verdulera.

Verd. ¡Cómo es eso, caballero!
Fulg. ¡Santa Agata! ¡quánta casta
de páxaros van saliendo!
para tratarme así, perra,
¿soy zapatero de viejo?

Sale el Zapatero.

Zap. Punto en boca; y sepa usted,
si lo dice por desprecio,
que es el remendar zapatos
arte liberal.
Fulg. Yo creo
que si nombro á todo el mundo,
todo el mundo irá viniendo;
y así me voy sin nombrar
á nadie. *Sale el Tio Nayde.*
Nayd. Y el gran camueso
¿juzga que Nayde no es para
nombrado? pues soy sugeto
de distincion: sépalo:
de una hermandad lo primero
soy mullidor: lo segundo,
soy el primer farolero
de un rosario: otra vez hable
del tio Nayde con respeto,
que no somos todos unos:
soy mas de lo que parezco.
Fulg. Aquí, ademas de mis quartos,
me han de hacer perder el seso;
y así sin esperar mas,
para quitarme de riesgos,
voy á alquilar un Simon,
que me lleve á Lima luego.
Juan. Aunque se me frustró el fondo,
he tenido un rato bueno.

Salen la Criada y Don Diego.

Criad. Vedle aquí.
Dieg. ¿Cómo os ha ido?
Fulg. Malditamente, Don Diego.
Dieg. No puede ser. *Fulg.* ¿Cómo no?
¿si supierais lo que han hecho
conmigo? *Dieg.* Todo lo sé
por esta. Pero yo ofrezco
remediarlo todo. Vos
teneis poco miramiento *á Juana.*
en despreciar á mi amigo.
Fulg. Pues qué ¿quereis componernos?
Dieg. Sí señor.
Fulg. Pues por mi parte
no lo admito. *Juan.* Ni yo quiero.
Dieg. Vos querreis.
Fulg. Pues yo no amigo:
despues de darme consejos,
¿me salís con eso? *Dieg.* Y qué,
¿os acordais ahora de ello?

Fulg. Y bastante. Oxalá yo
los hubiera creido á tiempo.
Dieg. ¡Ah! eso es una friolera:
si os hallarais con dinero
otra vez, otra vez fuerais
lo que fuisteis.
Fulg. No por cierto.
Dieg. ¿De veras?
Fulg. Y tan de veras,
que antes me cayera muerto,
que volver aquí. *Dieg.* Pues id
á cobrar los diez mil pesos.
Juan. ¡Qué escucho!
Fulg. ¿Pues no ha quebrado
mi mercader?
Dieg. No, Fulgencio:
todo ha sido ficcion mia,
para darte este escarmiento.
Juan. Fulgencio mio, mi bien,
fue una chanza todo aquello:
perdóname; mira que
lloraré. *Fulg.* Ya no te creo.
¡Ay, amigo! vos tan solo
los ojos me habeis abierto.
Criad. ¿Quereis que os alumbre?
Fulg. Un diablo:
vámonos de aquí, Don Diego.
Juan. ¡Así me dexas, villano!
mal dixe: mi amor, mi cielo,
mi hechizo::-
Nayd. ¿Y con estas flores
no se cae usté aquí muerto?
Fulg. ¡Qué bochorno! ¡qué calor!
Haciéndose ayre.
Petimetres. Vaya, señor Don Fulgencio.
Dieg. Dexadle estar: vámonos.
Fulg. ¡Qué hermosa es! pero la tiemblo.
Juan. ¿Qué dudas, moreno mio?
Nayd. Esto mas! no sea usted terco:
vaya, compónganse pronto:
sobre que yo me intereso.
Fulg. Aunque el mundo se empeñara,
no cometeré tal yerro.
Chap. Mal queda usted.
Nayd. Esto tiene
dar margaritas á puercos.
Zap. ¿Semos para esto venidos?
Juan. En yéndose, baylaremos.
Dieg. Yo enviaré aquí quien lo estorbe,
sino ofreceis al momento
mudar de vida. *Juan.* Señor,
yo jamas á Don Fulgencio
le he pedido cosa alguna.
Fulg. Tiene razon, es muy cierto:
yo fui quien, pensando que era
deydad, procedí tan necio.
Nayd. Y en vez de deydad, hallasteis
un demonio del infierno.
Juan. Sea del modo que sea,
la enmienda á los dos prometo.
Dieg. Esa es la que es menester,
pues nada tiene remedio.
Nayd. Alerta, páxaros simples,
que en Madrid hay mucho de esto,
Fulg. Y sirviendo este pasage
á los tontos de escarmiento::-
Todos. Merezca del auditorio
tolerancia, si no obsequio.

FIN.

VALENCIA:
EN LA IMPRENTA DE ESTÉVAN,
AÑO 1816.